13. Otra inquietud que nos suscita la nueva estructura es que no parece haberse previsto posibilidades educativas o laborales para los estudiantes -jóvenes y adolescentes- que no puedan acceder al bachillerato, o para los egresados del bachillerato que no puedan seguir estudios universitarios.

14. En vista de que el bachillerato es un nivel educativo inexistente en la actual Ley de Educación y en la Constitución, su creación exige modificaciones legislativas y constitucionales que deberían llevarse a cabo después de un amplio y enriquecedor debate en el que participen la ciudadanía e instituciones de la sociedad civil, en aras de alentar una reflexión pedagógica conjunta, consensuada y abierta al futuro.

La prioridad de la educación

15. Requisito imprescindible en el cambio educativo y signo de la voluntad y responsabilidad estatal por el mismo es el incremento de la inversión en educación. Foro Educativo tiene presente la realidad de la situación económica del país, pero insiste en la necesidad de dar prioridad a la inversión presupuestal en educación, como lo hacen ya otros países de la región; asimismo, planteamos la búsqueda de estrategias creativas como la del cambio de deuda externa por gasto social, en sintonía con el oportuno llamado que el Papa hace a los países más ricos del mundo para que condonen o reduzcan significativamente la deuda de países como el nuestro.

16. El incremento del presupuesto del sector educación permitirá afrontar otro problema que es preocupación permanente de Foro Educativo: elevar la condición social y profesional de las y los docentes, actores centrales del cambio educativo. Ello implica la urgente y sustancial mejora de los salarios magisteriales, de sus condiciones de trabajo y su capacitación y formación permanentes, en concordancia con las exigencias que la sociedad hace a sus maestros.

Hacia el consenso

17. Por todo lo expuesto, Foro Educativo aspira a que decisiones de política educativa tan cercanas a los intereses de todos se tomen con una previa difusión de las propuestas oficiales y con amplios debates que recojan los aportes y sugerencias de educadores, especialistas y de la opinión pública en general, como los que hoy alcanzamos. Foro Educativo opta por hacer pública su opinión en búsqueda de consenso para impulsar el cambio educativo, a la vez que reconoce y espera que el Estado lidere ese cambio involucrando en él a todas las fuerzas vivas del país. □

Abril de 1999

Preocupación por los abandonados

Entrevista al cardenal Vargas Alzamora

Arzobispo de Lima desde el 30 de diciembre de 1989 y presidente de la Conferencia Episcopal Peruana desde febrero de 1993, el cardenal Augusto Vargas Alzamora cesó en sus cargos a inicios de este año. Ha sido una década intensa y de muchos cambios en la vida de nuestro país. Conversamos sobre este período, sus actividades actuales y sus proyectos para el futuro. Le agradecemos este tiempo que nos da para los lectores de Páginas.

Usted, señor Cardenal, acaba de dejar la posta, la responsabilidad de la arquidiócesis de Lima, pero su labor como pastor no ha terminado y usted mismo lo ha recordado en varias de sus declaraciones. Quisiéramos preguntarle sobre sus proyectos en el futuro.

Lo que considero más importante en este momento, porque me parece, sin duda, una obra de Dios, es el Hogar de Cristo. Nos preocupan fundamentalmente los problemas de los muchachos y los niños abandonados, aunque, por supuesto, también los de los ancianos y las mujeres. Se habla mucho de los niños *pirañas*, de las pandillas... pero nadie se preocupa en realidad. Nosotros lo hemos empezado a atender y, gracias a Dios, con éxito. En este momento tenemos 50 muchachos que han entrado libremente, porque a nadie se le obliga. No es un internado ni un orfanato. Ellos han querido ir voluntariamente y se atienen a las normas que se dan. Se les ayuda para que intenten recuperar su vida normal, la que deberían tener como cualquier chico y no tuvieron porque

Páginas 156. Abril 1999.

no tenían familia o porque huyeron de ella. Muchos de ellos ya están terminando su secundaria, algunos han entrado a la universidad, y otros, que no son estudiantes, están aprendiendo oficios en la misma casa, como carpintería o gasfitería; también hay otros que fabrican pan y lo venden. También ayudan haciendo bloques de cemento que se usan para construir casas para los damnificados. Creo que eso es muy importante. El padre Martín Sánchez, el capellán de los muchachos, está solo y yo he prometido ayudarle.

Cuando recién nos embarcábamos en esto y el Hogar de Cristo empezaba a recibir a los muchachos, el capellán comentaba: «Hay que hacer algo. Estos chicos no tienen ni un papel, no saben quién es su madre ni su padre, no saben nada». No son todos así, hay algunos que sí conocen a alguien de su familia, y esto es muy bueno, porque, cuando hay familia y se sabe más o menos dónde vive, es posible establecer algún contacto, porque los lazos familiares siempre son importantes. Pero, como le digo, hay otros de los que no sabemos nada. Ellos mismos no saben si están bautizados o no, o si están inscritos en alguna parte. Legalmente no existen. Hemos trabajado con algunos abogados para que el capellán pudiera inscribirlos legalmente, pues sin papeles no hay posibilidad ni de que asistan a la escuela o al colegio. Pero, aun así, hemos logrado muchas cosas. ¿Quién nos iba a decir que algunos de ellos iban a entrar a la universidad?

Usted también ha tenido una importante responsabilidad formadora en otra etapa de su sacerdocio. En el colegio de la Inmaculada de Lima su tarea fue muy importante y usted fue una referencia para muchos jóvenes. En el Hogar de Cristo, en cierta forma, continúa con esta tarea. ¿Podría decirnos cómo ve hoy esta tarea de evangelización de los jóvenes en la Iglesia?

Tengo en ello una gran esperanza. Ya lo he dicho más de una vez, los jóvenes están cambiando. Es una generación totalmente distinta. De cinco años hacia acá es otro estilo. Se interesan de manera crítica por lo que ocurre en la sociedad, a pesar de que hay problemas muy serios en ella. Este cambio es muy claro en todos los jóvenes, pero especialmente en los universitarios. Para mí fue una sorpresa que, al mes de haber asumido el cargo de arzobispo de Lima, un grupo de universitarios de San

Marcos se me acercara para invitarme a celebrar una misa en la universidad. Me contaron que hacía muchos años que no iba un cura y, por supuesto, un arzobispo no había ido nunca. También estuve, invitado por el rector, celebrando una misa por los 450 años en el campus de la universidad.

Eso sería algo histórico.

Exacto, algo histórico. También me han invitado otras veces para confirmar. Muchas de las universidades han pedido un capellán, por ejemplo, San Marcos. Es una buena oportunidad para que los sacerdotes hagan el trabajo que tienen que hacer. Ésta es también una juventud que rechaza la violencia por principio, no la quiere, y quiere, sobre todo, quitar la idea de que los jóvenes son peligrosos. Si recordamos, ése fue el problema de las últimas manifestaciones, en las cuales se infiltró gente a propósito. El caos fue creado por la infiltración de gente ajena dentro del grupo de universitarios. Fue el mismo grupo que se introdujo entre los obreros de construcción civil, que también se pusieron fuertes y dijeron «no, violencia no». Esto, para mí, es un crédito a la juventud.

Usted, señor Cardenal, ha vivido momentos muy duros de nuestra realidad nacional y asumió el arzobispado en momentos difíciles. ¿Recuerda quizás algún momento en especial que para usted significó un desafío importante en su tarea de pastor?

Han sido varios los momentos en que he tenido que decir: «Esto no está bien», y de eso han sido responsables fundamentalmente personalidades que estaban actuando en la política del Gobierno. Nunca he atacado gobiernos ni personas. Sólo he dicho: «Esto no está bien», y lo he dicho apoyándome en la legislación del Perú. Creo que es importante que se mantenga y respete la legislación hecha. Ahora bien, a mí me da mucha fuerza pensar que la tarea de Cristo cuando vino al mundo fue decir la verdad e incluso se enfrentó a aquellos que violaban la ley de Dios, la ley más simple, la ley que nadie puede cambiar. Había quienes interpretaban torcidamente la ley y le ponían una serie de aditamentos minuciosos, «pesados» -como dijo el Señor-, que ponían al pueblo una carga pesada, una carga difícil de sobrellevar. También eso ha ocurrido aquí. A nadie le gusta tener esta clase de enfrentamientos. Yo nunca los he buscado, pero sí dije la verdad, aunque muchas veces la interpretaron mal y quisieron meterme en política. El Papa habla de que la Iglesia no debe entrar nunca en políticas de partido, pero sí debe opinar sobre política desde los principios cristianos. Hay un caso en el que tuve que hablar muy claro, junto con los demás obispos, fue sobre ese asunto de la, entre comillas, «esterilización voluntaria». Tenemos las pruebas que se ha hecho, a pesar de las muchas negativas del Gobierno. Y lo que más nos preocupa es la gente pobre, sobre todo los campesinos. Pero bajo eso hay una falta de

visión de lo que es el país. El otro día, conversando con un laico, no precisamente intelectual, pero enterado de las cosas, que conoce bien el campo, me decía: «Nuestra cultura siempre ha sido pacífica, basada principalmente en la agricultura, y eso viene desde la época incaica. ¿Cómo ahora que hay una nueva valoración de la cultura y del campo se intenta evitar que tengan descendencia?».

Para muchos políticos la idea es siempre la misma: «La Iglesia es retrógrada, no quiere que progresemos. En el Perú hay exceso de población y ésta no tiene que seguir creciendo porque el Perú no tiene recursos». ¡Qué contradicción! Pero eso es falso, porque en el Perú no hay exceso de población ni es un país pobre en recursos. Conversando con un político, en una entrevista en televisión, me decía fuera de cámaras: «Esto es el absurdo. Aquí no hay exceso de población, lo que hay es mala distribución de la población».

La población del campo está desatendida y olvidada por el Estado. Yo he trabajado en una zona campesina, en Jaén, en el norte, en San Ignacio, y allí la Iglesia se ha preocupado de lo que no se habían preocupado los políticos: de establecer comunicaciones entre los pueblos. En las primeras visitas pastorales que hice al campo usaba las pocas pistas que había, pero de ahí tenía que continuar en mula. Mientras pasaba veía en el camino frutas excelentes. Y yo les decía a los campesinos que me acompañaban: «¿Por qué dejan perder la fruta? ¿Por qué no la llevan a vender?». Y me decían: «Hay que trasladarla a la ciudad y eso cuesta caro». La ausencia de buenas vías de comunicación no permite el progreso del campesinado. Estas cosas no las ven los grandes responsables del proyecto del país.

Estas son las cosas que no me puedo callar, tengo que decirlas, aunque eso me traiga problemas.

Evidentemente, su experiencia en Jaén lo ha hecho conocer al Perú por dentro y los grandes problemas del centralismo, de la corrupción, del abandono del campo... En realidad son problemas comunes en casi toda Latinoamérica. Usted participó en el sínodo de los obispos americanos, ¿qué supuso ese sínodo y qué opinión le merece el documento Iglesia en América, *que se gestó allí, y que el Papa presentó recientemente en México?*

En ese sínodo fue unánime la preocupación de los obispos por nuestros pueblos y el problema humano de nuestra gente. La coincidencia en algunos puntos de la pastoral era impresionante: «Tenemos que ocuparnos más de aquellos que están más abandonados». También se trabajó fuertemente sobre la necesidad de crear una conciencia de solidaridad en nuestra sociedad. Solidaridad entre la gente de la ciudad y el campo, entre los países del norte de América y los del sur.

Otra preocupación que trabajamos fue la necesidad de una buena preparación de nuestros candidatos al sacerdocio, que sea muy realista, adecuada, con una teología seria, profunda. También nos preocupamos bastante por la formación espiritual y pastoral, y por el seguimiento que los seminaristas deben tener de sus obispos, cosa que no es frecuente, porque los obispos tienen otras muchas preocupaciones, pastorales, administrativas y de otra índole. Una de las cosas de las que personalmente no me arrepiento es de haber dedicado semanalmente una tarde a conversar con mis seminaristas. Es importante que estos muchachos se acostumbren a ver al pastor de su diócesis, desde sus estudios, preocupados por ellos.

Ahora, en general siento un poco de temor porque en cada sínodo se tocan cosas muy interesantes, quedan escritas y a veces ni los obispos las leemos ni reflexionamos.

¿Algo de esto ha ocurrido quizás con el pedido del Papa en la Tertio Millennio Adveniente *sobre la reducción de la deuda externa de los países pobres?*

Si se hubiera trabajado más esa exhortación apostólica en las parroquias quizás habría ahora otro ambiente. Yo lo he repetido frecuentemente: "Apoyen todo lo que sea pedir que la deuda de los países más pobres se trate de otra manera. Ya ha habido algunos países que la han perdonado. Otra posibilidad es convertirla en una inversión de tipo social. Hace poco leía un artículo en el que se decía que el Perú ha pagado ya varias veces la deuda, pero, sin embargo, se sigue pagando porque los intereses crecen y se comen nuestro capital. A evitar eso apunta la campaña que hemos impulsado los obispos del Perú. Si esto se hubiera analizado bien, todos entenderían que nuestra preocupación es la paz y los derechos humanos, como nos recomienda Juan Pablo II en su mensaje del 1 de enero.

Sí, también en Páginas *hemos publicado ese mensaje, porque nos ha parecido de gran importancia.*

Hay una pregunta que no queremos dejar de hacerle: ¿cómo descubrió su vocación sacerdotal, cómo fue esa decisión que le llevó a entrar en la Compañía de Jesús?

Cuando me planteé por primera vez la posibilidad de ser sacerdote yo era un adolescente; estaba todavía en cuarto de media. No se hablaba mucho de eso, no era fácil que alguien te planteara directamente: "¿Por qué no piensas en ser sacerdote?». Pero sí se hablaba de lo que significaba el sacerdocio, de la necesidad de sacerdotes. Yo tenía entonces un pequeño trabajo pastoral en catequesis, desde quinto de primaria. Incluso, en segundo de secundaria colaboré en catequesis en un lugar que se llamaba el Hogar Infantil, que era una especie de cárcel de menores.

Cuando llegué a cuarto de media, el padre Manuel Noriega, jesuita peruano que era nuestro profesor, nos invitó en Semana Santa a escucharle el "sermón de las siete palabras" en la iglesia de San Pedro. Fuimos un grupo de cuatro o cinco, pero, cuando llegamos, el padre ya iba por la tercera palabra y la iglesia estaba llena, no había donde sentarse. Me acerqué al hermano sacristán de la iglesia y le dije: «Hermano, ¿no habrá alguna silla?», me mira y me dice: «¿Qué hacen aquí?, ¡ya, ya, siéntense por ahí!», y nos señaló el sillón que se utilizaba para las misas cantadas de tres sacerdotes. «¿No importa?», le digo, «¡no, siéntense!». En la quinta palabra, el padre Noriega se refirió a que la sed del Señor era sed de almas y de aquellos que podían traerle almas, sed de sacerdotes. En ese momento pensé: «¿No seré yo?". Ahí mismo me vino una iluminación y tomé la decisión: «Señor, si tú quieres que yo sea sacerdote, lo seré». Pero cuando lo pensaba solo me aterraba, aunque seguí con eso poco a poco de forma más seria.

También hubo dificultades. Mi padre, al principio, se opuso. Lo comuniqué cuando terminé quinto de media, primero a mi mamá. Ella estaba muy enferma y se impresionó mucho: «Hijito, ¿por qué no esperas a que primero me muera?». Y le dije: «No, mamá. Yo quiero que tú me veas ser sacerdote». Pero mi papá una noche llegó a la casa y la encontró llorando. Me preguntó por qué lloraba mi mamá y le expliqué que le había hablado de que quería ser sacerdote. Se molestó conmigo y me echó una reprimenda, me dijo que era un inconsciente y que no, que tenía que prepararme para la universidad. Le dije que no me iba a preparar porque yo no me sentía llamado para estudiar ninguna carrera, ¿por qué iba a perder el tiempo? «Entonces te pones a buscar trabajo». «No» -le dije-, «si tú no me das permiso yo me cruzo de brazos». Pasaron algunos meses hasta que un día me acerco de nuevo donde él y me dice: «Hijo, a mí mi papá nunca me puso dificultad para lo que yo quise hacer y no quiero que vayas a quejarte el día de mañana de que yo me he opuesto a lo que tu quieres ser. Quiero que sepas que no me gusta esto, que es contra mi voluntad, que no creo que tengas edad suficiente para saber lo que quieres hacer, pero puedes irte cuando quieras». Así que le tomé la palabra y a los tres días ya estaba en lo que creía que era mi vocación.

Y claro, habiendo estado en un colegio de jesuitas, usted consideró...

Evidentemente, yo ya tenía lazos con los jesuitas y fue por eso que entré a la Compañía de Jesús. Nunca me arrepentí.

Gracias, Monseñor, por su trabajo y su testimonio, en nombre propio y en el de los lectores de Páginas.

(Entrevistó: Carmen Lora)

Recuerda que forastero fuiste...

Ana Gispert-Sauch

Cada cierto tiempo, como por impulsos recurrentes, aparecen en las primeras páginas de la prensa noticias y hechos referentes a migrantes peruanos en el extranjero, con los calificativos despectivos y tendenciosos de «ilegales», «indocumentados» o, lo que es peor, subliminalmente relacionados con la delincuencia. Se presenta así la migración (no incluye en esta denominación a la migración forzosa de los refugiados políticos que gozan de un estatus propio) como un fenómeno anormal que hay que combatir o por último limitar, y que lo «normal» sería que cada ciudadano permaneciera en el lugar donde nació; esta supuesta normalidad esconde, la mayoría de las veces, un sentimiento de xenofobia racial, cultural o económica.

Las cifras proporcionadas por la Cancillería peruana sobre los migrantes son considerables: casi un millón de peruanos ha abandonado en las últimas décadas, en forma definitiva, el país para establecerse en el extranjero, eligiendo como destino en primer lugar Estados Unidos, seguido por Venezuela, España, Japón, Italia, Argentina, Chile y Bolivia. Las historias de peruanos varados en aeropuertos, terminales de colectivos, estafados por quienes les prometieron un trabajo estable y seguro, o condenados a soportar una vida precaria porque su trabajo al ser «ilegal» es remunerado de forma inferior a las leyes del país, constituyen una afrenta permanente a la dignidad y libertad de la persona humana.

Es cierto que la mayoría de este millón de peruanos ahora en tierra «ajena» no hubiera salido del país si hubiese encontrado en el propio formas adecuadas para garantizar la realización de su vida personal, familiar o profesional, y en este sentido la migración resulta en parte «forzosa» aunque posea un ingrediente de decisión voluntaria. Si

Páginas 156. Abril 1999.

país. La Iglesia no puede menos de denunciar las situaciones que fuerzan a muchos a la migración».

Sin entrar a detallar diferentes consecuencias que cada país tendría que solucionar, el fenómeno migratorio presenta un desafío a la sociedad en general, que es el de repensar el mundo en términos más humanos, donde nadie se vea obligado por razones económicas, políticas o raciales a migrar, pero donde todos tengan el derecho reconocido a hacerlo libremente, sin apelativos injustificables de ilegales o indocumentados.

La apertura a una libertad de movimiento no debilita la savia de las propias raíces, más bien puede vigorizarla.

Hasta ahora, los esfuerzos de los Estados han estado más dirigidos a frenar la migración que a verla con todas las dimensiones y potencialidades humanas. El llamado del Jubileo 2000 puede ser ocasión para revisar los cercos que impiden a las personas una integración más global y más humana.□

Escuchar el grito de las víctimas

Como cada año -pero éste de manera especial-, la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (CNDDHH) del Perú presentó en el mes de marzo el Informe anual sobre la situación de los derechos humanos en el país e hizo entrega del premio nacional de derechos humanos «Angel Escobar Jurado» y el de «Periodismo y derechos humanos» a entidades o personas destacadas en la defensa de tales derechos.

El Informe 1998 señala, entre otros aspectos, la realidad de la violencia política en diferentes zonas del país, las secuelas de la guerra, la situación de los desplazados, de los familiares de las víctimas, de los arrepentidos, y la falta de voluntad del gobierno para afrontar las causas de violación actuales a los derechos humanos, tales como las torturas, el encarcelamiento de inocentes, la irregularidad en los juicios, las condiciones inhumanas en las cárceles etc. También analiza los derechos culturales, sociales y políticos. Finalmente el Informe 1998 presenta una serie de recomendaciones al gobierno para erradicar las prácticas violatorias a los derechos humanos.

El premio «Angel Escobar Jurado» fue otorgado a los pueblos indígenas aguarunas-huambisas, de la unidad cultural y lingüística de la familia de los jíbaros, habitantes de la zona del Cenepa, en la frontera peruano-ecuatoriana, por su esfuerzo en la defensa de la identidad étnica, la solidaridad y el desarrollo.

Las palabras de los representantes indígenas de los cinco ríos o cuencas (Marañón, Cenepa, Santiago, Chiriaco y Nieva) fueron un llamado a la sociedad para que se reconozcan sus valores culturales, expresados en sus tradiciones, en la conservación de la biodiversidad de sus recursos naturales, en su sabiduría, audacia y capacidad organizativa para construir un país más igualitario.

Páginas 156. Abril 1999.

El premio de periodismo fue otorgado a la revista *Caretas* por su persistente aporte a la denuncia y al esclarecimiento de hechos violatorios a los derechos humanos. El director de la revista, Enrique Zileri, reafirmó su compromiso y el de su equipo en la búsqueda de la verdad para el logro de una justicia y paz duraderas.

Pero este año hubo un «plus» especial: conceder un premio único «50 aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos» a Pilar Coll Torrente, por su trayectoria de vida en favor de las víctimas de tantas violaciones y de tantos presos inocentes encarcelados, y por su tenaz reclamo de dignidad para todos los que están condenados en condiciones inhumanas. «No les sorprenda mi reclamo -dijo al agradecer el premio-: tengo el privilegio de poder situarme allí donde se escucha el clamor de las víctimas y esto hace que sus gritos estén impresos en mi alma. Desde ahí, junto con las víctimas, intentamos crecer juntos en humanidad».

En medio de un ambiente emotivo, amistoso, entre lágrimas contenidas y susurros aprobatorios, pasó ante nuestros ojos un video que, en pocos minutos, recogía los pasos más significativos de la vida de Pilar Coll: su pueblo natal español (Fonz, Huesca) donde plantó sus primeras raíces, su infancia en el trasfondo de la guerra civil española, su llegada al Perú (exactamente 32 años atrás), su labor en Trujillo, primero, y después en Lima, en la Comisión Episcopal de Acción Social, en la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (de la que fue la primera secretaria ejecutiva), en las comunidades cristianas de El Agustino, y como agente pastoral de cárceles, sin duda su dedicación más intensa, siempre al servicio de la vida, testimoniando su fe en la defensa de la dignidad humana. «Recibo esta distinción como parte de un colectivo que va mucho más allá de mi persona, pues he compartido trabajos, alegrías y sinsabores con muchos de ustedes -expresó Pilar-. Siento que quienes de verdad merecen este premio son los que lamentablemente no pueden estar aquí esta noche, salvo excepciones: las innumerables víctimas de las violaciones a los derechos humanos. A todos ellos rindo mi homenaje más cálido. Quiero precisar que tal vez he sido la cabeza visible de una serie de iniciativas pero junto conmigo ha habido siempre y continúa habiendo muchas personas que silenciosamente realizan un trabajo eficaz y sostenido en el tiempo».

Acompañada por su familia de España (de tres generaciones llegaron para este homenaje) y por innumerables amigos, representados en las ofrendas de rosas, Pilar Coll ratificó su entrega por un mundo más humano.

La Coordinadora Nacional de Derechos Humanos nos ofreció con esta ceremonia una ocasión propicia para revisar nuestro compromiso

personal y colectivo ya que, en palabras de Pilar, «no podemos descansar mientras el círculo de la dignidad humana plena no se extienda a todos los seres humanos, y más en concreto, a todos los peruanos y peruanas, a todos los que todavía no tienen acceso a los derechos fundamentales proclamados en la Declaración Universal, cuyo 50 aniversario hemos celebrado recientemente».□

(Ana Gispert-Sauch)

